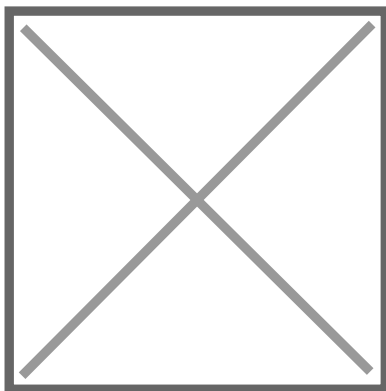




Dos novelas cortas:

“Los Árboles Azules” y “El Verano del Ganadero”

Por Carlos Iturra

Aunque entre *Los árboles azules*, de Fernando Emmerich, y *El verano del ganadero*, de Cristián Huneeus, median insalvables distancias en varios aspectos, quizá justifique tratarlos juntos no sólo el que sean dos obras aparecidas muy cerca una de otra, sino también el que ambas corresponden al mismo género literario y sus autores a la misma generación.

Las ochenta páginas de *Los árboles azules* cuentan una historia de amor que no alcanza a ser de amor propiamente; las no numeradas páginas de la *novelle* de Huneeus cuentan las historias de alcohol —a veces son de alcohol, a veces al aire libre— de un ganadero.

Se conoce la minuciosidad con que Emmerich procede en sus escritos, pulcros y cuidados hasta el extremo de lo imaginable. Su idioma va cifrándose a las sinuosidades de la historia, mejor todavía que como sigue al cuerpo un traje hecho a la medida, como sigue la propia piel al cuerpo. Da la impresión de que en sus obras nada hay entregado a procedimientos irracionales —o infrarracionales— de esos que tanto gustan a la generalidad de los escritores actuales. Por el contrario, da la impresión de que todo ha sido medido, la palabra, el personaje, la acción. En este trabajo cuenta el regreso de un joven profesor, después de larga ausencia, al pueblo que antaño visitaba semanalmente para dar clases particulares a una muchacha. El viñamarino comenzaba entonces el ejercicio de la docencia y no le importaba tener que transportarse desde la ciudad costera hasta el pueblo del interior para enseñar a una alumna que las monjas se resistían a contar entre las mejores. Ella, una muchacha con una madre de reputación dudosa, lleva su cabeza de buenos adolescentes y canciones de moda, soportaba las clases con mirada vaga y equívoca, sin desesperarse por llegar a ser “alguien en la vida”. Entre ambos, que eran discretamente vigilados por sus respectivas madres, surge algo: una relación que (en cuanto jamás se materializa, ni siquiera en una declaración, ni siquiera en el roce de una mano) no podría ser calificada de amorosa, y que sin embargo no admite otro calificativo. Emmerich hace ingeniosos y sobre todo adecuados juegos temporales en la narración: aquella especie de romance es reconstruida cuando el maestro vuelve de una estancia de cinco años en una ciudad sureña y a medida que va acercándose a la casa en la que se había enamorado, preguntándose si hallará lo que creyó dejar, si encontrará hecha mujer a la muchacha que tantas tardes, tantas noches, tantas mañanas, se encargó de embriagar sus esperanzas. De esta forma son dos las

tensiones que se crean en el curso de la lectura: qué pasó, otrora, entre alumna y profesor, y qué pasará ahora. El desenlace, como una acuarela, se resuelve en los colores crepusculares de un pueblo, dejando al lector la sensación de cierto patetismo, el característico de las relaciones que habrían querido definirse pero que no son susceptibles de tal cosa, no al menos en el torpe vocabulario que debe resignarse a manejar el ser humano. Apenas el arte, custodio alicaña las finas justificaciones que Emmerich, vagamente discípulo de Henry James y de Proust, puede dar cuenta de dichas ambigüedades. ¿Trataba la madre de la muchacha de conseguir el profesor para su hija? ¿Quería eso porque no era una buena madre, o porque quería proporcionar a su hija un destino mejor que el suyo? Levantaba obstáculos, la madre de él, ¿por celos, porque preveía peligro, porque así es la generalidad de las madres...? ¿Quién es víctima, quién victimario? No siempre la vida resuelve con nitidez estos problemas y Emmerich nos recrea con precisión esas imprecisiones.

Huneeus, en cambio, es todo concreción, experiencia, grosería. Su obra ha sido señalada por las críticas y reseñas como pornográfica, sin que el adjetivo implique valoración ética ni estética; es el adjetivo correcto. Un tipo, joven relativamente, cuenta las experiencias sexuales que ha tenido durante un largo y ardiente verano con algunas de sus amigas, y las cuenta con todo —con TODO— el desenfado que uno quiera. Con mucho más del que uno querría, en verdad, porque, a estas alturas, al género “porno” le cuesta mucho no repetirse. Sabemos, punto menos que desde el parvulario, la momentánea que caracteriza a esas obras de un solo acto, el sexual, y hay que decir que la literatura o representa ese acto de fuerza que las palabras hayan sido puestas una junto a otra de modo absolutamente novedoso, o lo representa aburridamente. El talento de Huneeus se malgasta que casi da lástima en descripciones mil veces hechas, y el mismo las hace y vuelve a hacerlas, con lo que consigue que el lector no sienta ni frío ni calor, por idénticas razones a las que



Cristián Huneeus

tiene para no producir una cosa ni otra un disco rayado que nos repite la misma melodía y la misma frase. A diferencia de Emmerich, que mide cada palabra, en sus claros significados y en la cantidad de sus sílabas y en sus posibles asociaciones, Huneeus avanza con gran soltura, ya que no descuido, y cuando se alicia de lo propiamente “porno” demuestra que su manejo de idioma es apto para mejores logros. Al hablar de un barrio de Santiago, por ejemplo, a donde va a visitar a una de sus amantes, dice: “Lo que es Lo Carro, hállese de la isla de Juan Fernández... Con tanta subida y bajada en redondo para qué digno lo que me costó, una vez que di con la ruta, entrar finalmente a puerto. Y en esas casas con ventanales luminosos y techos desplegados que parecen yates navegando por la ladera del cerro...”. Esta bien como descripción, el idioma es funcional, las imágenes son eficaces. Pero todo eso lo aplica a la narración de... la nada.

Si Emmerich, aunque tributario de largas y a veces interminables novelas, llega a verse impedido de escribir una tan minuciosa como sus cuentos y novelas y que a la vez sea larga, será porque su minuciosidad de arte se le impide. Si Huneeus, que se mueve entre las palabras con la soltura de un ganadero entre las vacas, se ve impedido de escribir una buena novela larga, será porque no ha encontrado bastante que decir. Y no se entienda este último párrafo como una preferencia de la novela —agregar largo es innecesariamente enfático— por sobre la novelle o novela corta, como debemos decir en español con dos palabras, sino como un intento de definición: Emmerich o la concentrada perfección de la rejería; Huneeus o la facilidad vacía.

"Los árboles azules" y "El verano del ganadero" [artículo] Carlos Iturra.

AUTORÍA

Iturra, Carlos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1984

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Los árboles azules" y "El verano del ganadero" [artículo] Carlos Iturra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile